

El mejor embajador: el Rey

EN la clausura del curso de la Escuela Diplomática el Rey se ha referido a una faceta muy esencial del servicio al Estado. La adaptación al cambio del servicio exterior español no era fácil, viciado tanto tiempo por una politización deformante y por un aislamiento malsano y paralizador. No es que el patriotismo de la clase diplomática pueda ponerse en duda, porque es un noble sentimiento consubstancial con la misma carrera que acrecienta la lejanía, fenómeno éste que puede experimentar hasta el más insensible de los desterrados. Lo que se pone en cuestión es la dificultad que para algunos puede haber supuesto pasar del servicio a un régimen autoritario al de un Estado democrático y de cumplir con las distintas obligaciones que esta nueva condición comporta, empezando por colocarse a disposición de todos sus compatriotas, sin excepciones ni prejuicios.

La monarquía constitucional y el proceso de desarrollo político de nuestro país exige, de nuestros representantes en el exterior, una leal identificación que debe traducirse en una acción dinámica, responsable y eficiente. Precisamos de embajadas y consulados mejor dotados, más ágiles, más alertas, más actuales, más democráticos y en los que no quepan actitudes reticentes y, menos aún, reaccionarias. Del éxito de la misión de nuestros diplomáticos dependen, en buena medida, nuestros intereses en el exterior, el apoyo y colaboración de los países amigos, la penetración cultural y el vital crecimiento de la expansión comercial. Tomen ejemplo de uno de los mejores embajadores de toda la historia diplomática española: S. M. el Rey.

Mucho debemos, en la consolidación de las relaciones internacionales, a la gestión del monarca y es una pena que algunas de estas recientes conquistas se vengán, a veces, abajo, por desidia, incompetencia o falta de operatividad de algunos hombres de gobierno o funcionarios del servicio exterior. Retrocesos como el muy reciente sufrido en la OIT, que con tanta efusión recibió hace un par de años a don Juan Carlos, son una muestra de errores que todavía se cometen en el ámbito internacional. La reaparición de figuras del antiguo verticalismo produjo una acción de rechazo que se ha pagado con la exclusión de nuestra representación gubernamental del consejo de administración. El mundo democrático entiende que caminamos hacia adelante; no que hagamos marcha atrás, sobre todo cuando no responde a la voluntad de la mayoría.

Conversación en la Moncloa

LA entrevista entre los dos presidentes, el del Gobierno y de la Generalitat, ha sido cordial y abierta, según las informaciones. Es evidente que hay un cambio en la actitud de Madrid en relación a Cataluña, aunque se mantengan las posiciones que originaron la pasada tensión.

Esto, que puede parecer una contradicción, es muy importante cuando se negocia. La buena o mala disposición de los interlocutores incide en el curso de las conversaciones y en el resultado final. Por ello, aunque no se modifiquen de momento las ideas que se tienen sobre la materia negociable, la voluntad de llegar a acuerdos válidos y duraderos abre puertas al optimismo.

El presidente Calvo Sotelo y el presidente Pujol se parecen. Son hombres serios, honrados, prácticos y nada retóricos. La firmeza de sus convicciones no les hace, sin embargo, impenetrables a la finalidad del diálogo y a los argumentos bien razonados. No son políticos del género fanático y elemental, sino contruidos en la reflexión y en el respeto a los demás.

Dentro de esta manera de ser, el presidente Pujol presentó la lista de problemas y los expuso con claridad (Ley de Régimen Local, Diputaciones, Informe García de Enterría, Armonización, Ebro, tercer Canal de TV, Traspasos y Evaluaciones). El presidente del Gobierno mantuvo sus posiciones en algunos puntos y entreabrió la posibilidad de rectificación en otros. Ambos hicieron lo que debían.

Ante esta lista de problemas, puede extrañar a alguien que Jordi Pujol hubiera valorado la entrevista como muy positiva. Es evidente que, aunque no lo dijera, había adivinado en el rostro de Leopoldo Calvo Sotelo el deseo de encontrar fórmulas para un acuerdo satisfactorio para ambos, para el Estado y para la Cataluña autónoma. Para la exacta y buena marcha de la Constitución, en una palabra.

Objetivo: mandar

La simplificación de la democracia

OTRA vez, el tema de la «ingobernabilidad» de la ciudadanía ha sido puesto en circulación, naturalmente, por los que gobiernan. Bueno: por los que gobiernan y por los que esperan gobernar más o menos pronto. Porque, al parecer, en ello también concuerdan. Y en esta ocasión han decidido reducir al mínimo los grupos parlamentarios. Como es lógico, la excusa que dan es «técnica»: los mecanismos de las Cortes funcionan con dificultad cuando aumenta el número de «minorías», y una razón de eficacia aconseja descartar la posible interferencia de «terceros», que nunca se sabe qué flauta pueden tocar en el momento menos pensado. El ideal que se propugna y aunque no se confiese sería el bipartidismo, y si «turnante», miel sobre hojuelas. Por supuesto, todavía no han confesado su secreta ilusión, y, para ir tirando, el Congreso y el Senado—estoy hablando del Reino de España, claro está—conservarán más de dos bloques representativos. Los restantes, sin embargo, deberían inquietarse acerca de su futuro: a la próxima, les tocará a ellos.

La joven y ya tan atropellada democracia celtibérica, en realidad, ha quedado en manos de unos políticos demasiado ganosos de gobernar. En el fondo, para la mayoría de estos señores, «gobernar» continúa siendo «mandar», en el sentido más clásico de la palabra. Y es obvio que como mejor se «manda» es cuando menos obstáculos encuentren los mandones. En el panorama actual, la cosa no admite dudas, y basta recordar el «currículum vitae» de notables individuos altamente cualificados para entenderlo. Se trata de gente que, habituada a los usos del franquismo, tan plácidos en estos niveles, desearían prolongarlos en la nueva —¿tan nueva?— situación. Y sus presuntos oponentes, al fin y al cabo, crecieron en medio de tales ejemplos, y, consciente o inconscientemente, los añoran: con ellos como protagonistas, desde luego. No es una anécdota baladí el que, a menudo, corran voces sarcásticas acerca de la «democracia interna» de los partidos de izquierdas y parlamentarios. En definitiva, la idea de «mandar» subsiste.

Mandar y guardar las formas: es lo que se pretende. No es ya que la democracia vigente —otorgada o conseguida— sea una «democracia formal»: es que se aspira a restringirla a pura «forma», o «formalidad». Pluralismo, sí; pero poco. La sociedad siempre es «plural», y no hace falta que nadie venga a reconocerlo mediante constituciones y otros artificios retóricos. Lo es —y quizá lo sea siempre— porque

abarca diferencias y contradicciones de todo tipo, que, de algún modo, intentan articularse políticamente en cuanto tienen oportunidad. Bien mirado, el esquema de la «democracia burguesa» asume teóricamente este estado de hecho. Sólo que la trampa está a la vuelta de la esquina. Alegarán, como alegan ahora, que una «exuberancia de partidos» —y su correlativa presencia en el Parlamento— dificulta la acción del «mando». ¿Podría no ser así? ¿O es que la presunta «democracia» no ha de ser precisamente lo contrario de la «autocracia»? Y las «autocracias» no siempre necesitan tener a su frente un «autócrata»: basta un partido. El partido «único». Con el bipartidismo habrá dos «partidos únicos»: ya es una ventaja. Pero lo mejor sería un solo «partido», sin cortapisas, con carta blanca, y unas Cortes unánimes. Con eso sueñan todos. Es una cuestión de herencia histórica. Y de más cosas, evidentemente.

LAS minorías-minorías, en este contexto, resultan incómodas, y ya, a partir de una ley electoral capciosa, se procura eliminarlas. No valen las comparaciones con Inglaterra o con los Estados Unidos, ni con nada. La consecuencia inmediata no es el llamado «desencanto», sino algo peor, la sensación que el votante tiene que su voto es inútil. Y si es inútil, ¿para qué molestarse en votar? Cuando una «democracia» no asume sus minorías, nadie ha de extrañarse que prospere el «ausentismo» político: la abstención, la indiferencia, el «pasar» de todo. O no de todo: nunca se sabe qué cantidad de descontento, de ira, de rebeldía, se va acumulando. En un espacio como el del Reino de España, hoy, la carga explosiva puede ser fatal. En el mejor de los casos, todos acabaremos tomando la «democracia» a pitorreo. Y me pregunto por qué se rasgan las vestiduras cuando se produce un conato de «golpe». La verdad es que nadie se rasga las vestiduras. Se dijo, y no se desmintió, que parlamentarios de derechas y de izquierdas coquetaban con los «golpistas»: coquetearon. Si no fueron más allá de un comistraje —como habría escrito, en buen castellano, don Manuel Azafia— es porque el «golpe» tampoco era una alternativa. Y no por falta de ganas.

Y lo cierto es que el vecindario no es tan «ingobernable» como dicen algunos ministros. El planteamiento tendría que ser otro: la crisis económica, el paro, la mayor o menor eferves-

cencia autonómica, la intransigencia que provoca esa suave, suavísima propensión «laica» de Fernández Ordóñez con lo del divorcio, los militares, el clero. Eso sí que es «ingobernable», y tampoco lo es tanto como parece. Aquí, como en todas partes, las multitudes aspiran a una modesta posibilidad de vivir, y a cambio de ella son capaces de cederle el «mando» a quien quiera que sea. Siempre ocurrió así. No conviene exagerar. Anteayer, en Francia, el triunfo de Mitterrand augerá euforia coros de «Contre nous de la tyrannie...» en las calles de París, literalmente grotescos. En el Reino de España, si Felipe González ganase unas elecciones (y se lo han puesto difícil), sólo dos docenas de gargantas sabrían cantar «La Internacional». Y, además, calcando la ironía de un divertido conservador inglés, hemos de reconocer que tanto «La Marsellesa» como «La Internacional» son himnos tan revolucionarios como el «Home, sweet home» o el «Corazón santo, tú reinaras».

LA gran estafa que nos colocan es esta: que somos «ingobernables». ¡Y tan dóciles como somos! Estadísticamente hablando, lo somos. Habrá grapos, etarras, ecologistas, feministas, huelguistas y huelguistas del hambre, algún obispo tierno, y poca cosa más. Nada de nada, en resumidas cuentas. Los pobladores del territorio de la Monarquía se someten a lo que se le ocurra a la «clase política» de Madrid. Aquello, tan manido, de «¡Dios, que buen vasallo, si hubiese buen señor!», ha sido siempre una gran imbecilidad. El «buen vasallo» estuvo ahí, y el «buen señor» es el político, que siempre hizo lo que le cuadró. Hay países con revoluciones, con asonadas, con banderías. Hoy día, en el Reino de España, pese al sensacionalismo de la prensa y del Gobierno, la calma es tan absoluta como puede ser. Nos dejamos «gobernar». Y encima, como un inri indecoroso, nos tildan de «ingobernables». ¿Qué más quieren? «Ellos», ¿qué nos piden por añadidura?

Y «ellos» sí saben lo que quieren. Los de las derechas y los de las izquierdas, si es que hay manera de distinguirlos. Nos quieren «gobernar»: mandar. Literalmente, «mandar». Y, repito, esto no es Inglaterra, ni los USA, ni siquiera Francia o Italia. Este es el país de Felipe II. O de Fernando VII. O, por el otro lado, de Largo Caballero. Y el de Franco.

Y callo.

Joan FUSTER

Cartas de los lectores

El Metro a Roquetas

Señor Director:
El Metro a Roquetas o el cuento de nunca acabar. Bien podría admitirse este nuevo enunciado para un proyecto casi materializado pero que al paso que van las cosas parece que nunca será una realidad total.

Y resulta paradójico ver cómo unas obras a las que se debe de faltar muy poco para estar acabadas y así poder prestar un servicio, no se terminan, se supone por falta de dinero, mientras que para otras cosas más rentables como son, por ejemplo, los campos de fútbol hay sobrante o si no se obtiene fácilmente. Y es que aquí se trata de facilitar el transporte para acudir a su trabajo a cientos de personas que diariamente tienen que utilizar otros medios más incómodos y caros.

¿Y qué dicen a esto nuestras autoridades, nuestros representantes en la Generalitat, Ayuntamiento, Parlamento, etc.? Por lo que se ve, no hacen o no pueden hacer, el empuje suficiente y es extraño porque en otras líneas del metro en construcción parece se trabaja.

—¿Por qué no se da ya una fecha definitiva para su inauguración?

¿Por qué no se pone una línea de autobuses desde el final que ahora tiene el metro (Guinardó) y Roquetas y que se pueda utilizar con el mismo billete del metro mientras no se acaben las obras?

¿Cuándo va a dejar de ser el usuario el que pague siempre los «platos rotos»?

S. RUIZ

«Faltan muchos»

Señor Director:
Me complace contestar a las cuestiones que me formulan los señores García Llor y Fluvía en su carta «Faltan muchos» —por cierto con menos amabilidad de lo que yo hubiera esperado de ellos—, si bien creo que la cuestión de fondo deberían plantearla al Ministerio de Cultura del Estado español que, según mis referencias, no accedió a participar en la muestra «Les Réalismes 1919-1939» del Centro Pompidou al mismo título y extensión

Sólo podemos publicar —de forma íntegra y condensada, según el espacio— las cartas breves, escritas a máquina, a dos espacios, por una sola cara, de no más de un folio y que puedan ser firmadas con nombre y apellido. Recordamos a nuestros comunicantes que las señas completas deben figurar en la misma y que no podemos mantener correspondencia ni atender visitas o llamadas telefónicas respecto a cartas recibidas.

que lo hicieran Italia y Alemania. Por mi parte y a título personal, cuando tuve conocimiento de que se iniciaban las gestiones, presenté un dossier sobre «Los realismos en Catalunya», poniendo especial énfasis en la figura de Feliu como indiscutible precursor. Tuve respuesta inmediata así como un contrato que yo debía firmar, comprometiéndome a escribir un artículo para su catálogo sobre «Les Réalismes en Catalogne». Lo escribí y eso fue todo.

En cuanto al contenido del texto les contesto con gusto que no cito ni a Iturrino, ni a Blanchard, ni a Vázquez Díaz ni a Juan Gris porque considero que no tuvieron papel relevante en los realismos catalanes. No hablo de Casas por no corresponder a la época. No cito a Manolo ni a González, como tampoco a Julio Antonio o Pau Gargallo porque la exposición no trataba de escultura. Y Pruna, que sí citaba, no aparece en el catálogo porque el apartado Los años treinta, que hablaba de Pruna y también de Gali, Rafael Benet, Jaume Mercadé, Alfred Sisquella, Joan Serra, Josep Obiols entre otros, fue suprimido con mi acuerdo porque era voluntad del comisario de la exposición dar a los realismos catalanes carácter de precursores y acabar hacia los años veinte.

Si no tuviéramos una cultura de cotos cerrados, quizá hubiera podido publicar en mi país el texto in extenso y en catalán.

Torres García es en cambio uno de los nombres más abundantemente citados, de él se explica su paso del Neuentismo a los Courbets, y si los señores García Llor y Fluvía no lo han visto cabe suponer que se dejaron llevar quizá por algún prejuicio.

Afirmar que mi texto adolece de improvisación pone de manifiesto que dichos señores son ajenos al tema. Se trata de un

trabajo de investigación, modesto, si se quiere, pero de una investigación que se cifre a la prensa de la época y aporta no pocos datos inéditos. ¿Conocían acaso, por sólo citar un ejemplo, el incidente que privó a Eugeni d'Ors acudir al homenaje que en 1917 Barcelona rindió a Picasso?

Debo darles la razón, en cambio —aunque yo lo hubiera expresado en otros términos— cuando hablan de mi entusiasmo exuberante. Lo tengo, es cierto, por el arte de los Países Catalanes. De ello da fe el hecho de que repetidamente y sin apenas contrapartida, me dedique a estudiar, investigar y publicar sobre él siempre que me es posible.

Que el comisario de la exposición del Centro Pompidou reprodujera a toda plana un cuadro de Feliu Elías me llenó de satisfacción porque representaba para nuestro pintor una promoción indiscutible. Pero mis comunicantes, en vez de alegrarse, se quejan de que la reproducción de Feliu Elías es «doce veces mayor que Picasso, tres que Sunyer, y el doble que Miró».

Qué bochorno. Es éste el único eco que he hallado hasta hoy de la incorporación de un artista como Feliu Elías, prácticamente un desconocido, entre las grandes figuras del realismo europeo. Y viene de parte de unos señores que no conocen el tema y que al parecer impondrían con gusto y sin rubor a la pintura, la poco altruista ley del palmo y del metro cuadrado.

María Luisa BORRAS

Domingo Anguera Peleato

Señor Director:
En esta misma sección, el pasado día 10, el señor Anguera rendía homenaje al elenco de catalanes ilustres que hicieron posible la creación de la Hispano Suiza, pero quizás un excesivo pudor le impi-

dió hablar de su padre Domingo Anguera Peleato y de otros muchos como él, colaboradores esforzados, conocedores perfectos de su oficio, leales a la jerarquía y a la marca hasta grados insospechables, artesanos llenos de vocación y de empeño que al igual que hoy, formaron un equipo completo y bien compaginado, gracias al cual no es posible ahora hablar con orgullo de esos logros.

Y digo todo esto, porque he tenido durante largos años la satisfacción de contar con la amistad sincera y la colaboración estrechísima de un hombre que, además de ser quien probó, afinó y puso a punto aquellos viejos pero famosísimos motores, por encima de todo era un hombre de bien, un pan bendito, estudioso constante de cuanto podía referirse a su especialidad, cumplidor asiduo de cuanto íbamos programando, compañero cordial, pues ponía siempre el corazón por delante, comprensivo con las necesidades de la casa a pesar de sus problemas familiares, y por encima de todo trabajador incansable y amigo servicial y a toda prueba.

Juan MIRALLES DE IMPERIAL

¡Inefable Iberia!

Señor Director:
Nuestros visitantes extranjeros suelen comentar burlescoamente lo difícil que es encontrar en las zonas turísticas un solo letrado o cartel redactado correctamente en alemán, inglés o francés.

Yo me pregunto qué dirían estos señores si supieran —lo que es mucho más grave— que un ente casi estatal y tan representativo cual es la Compañía Iberia se permite ignorar olímpicamente la conjugación de los verbos españoles, siendo así que en los anuncios de su actual campaña de promoción, que debe estar en manos de personal carente de estudios de EGB, sustituye «quisiste» (segunda persona del pretérito perfecto de «querer» por el detestable barbarismo «quisistes», cuyo uso, hasta el presente, consideraba privativo de gente primaria.

¿Cómo esperar más atenciones para el viajero, si ni el propio idioma se las merece?

J. H.
(Informador turístico)